

Elizabeth Amann, *Dandyism in the Age of Revolution. The Art of the Cut*, Chicago, The University of Chicago Press, 2015, ISBN-13-978-0-226-18725-9, ISBN-10-0ba-226-18725-X, 288 páginas.

Hay que agradecer a la profesora Elizabeth Amann este innovador estudio sobre el profundo impacto que tuvo la Revolución Francesa sobre el modo de vestir en aquel tiempo. Aunque muchos de los textos e imágenes estudiados aquí pretendían despojar la moda de importancia política, el dandismo no fue puramente estético; la intención de crear la moda tuvo casi siempre un carácter político que paradójicamente consistía en negar el carácter político de la ropa.

A fines del siglo XVIII aparecieron nuevas palabras para designar a un personaje que ya tenía una larga historia en la literatura europea. El *fop*, *coxcomb*, *beau*, *popinjay*, *macaroni* inglés, el *précieus* y *petit-maitre* francés, y el *lindo* o *petimetre* español se llamarían ahora *exquisito*, *incroyable*, *merveilleux*, *élégant* o *elegante* y, en las tres lenguas, *dandy*; un cambio lingüístico que refleja un cambio en el valor del personaje.

Mientras los viejos términos evocaban su afeminamiento (*lindo*, *beau*), lo absurdo (*coxcomb*, *macaroni*), lo ridículamente simiesco (*popinjay*) y su apariencia física (*petit*, *preciosity*), el nuevo término tomó connotaciones positivas porque ser *swell*, *exquisito*, *increíble*, *maravilloso*, o *elegante* era ser *fino* y *dandy*. Y este cambio implica también un cambio de estética. Amann examina aquí la transformación de estos tipos y estudia los *muscadins*, *jeunes gens incroyables* franceses, los *currutacos* españoles, y los *crops* ingleses, que aparecieron en Europa en la última década del siglo XVIII. Esta revalorización positiva y cambio de estética no pueden entenderse sin tener en cuenta la política revolucionaria de aquel tiempo pues aunque solemos imaginar que el *dandy* no estaba comprometido en política y era indiferente a lo que ocurría en la sociedad, su postura era frecuentemente una forma de oposición, de mostrar su desacuerdo con una cultura política monolítica.

Este libro comprende dos partes, los tres primeros capítulos están dedicados a la figura de los *muscadins*, los *jeunes gens* y los *incroyables* y a su manera de vestir como una forma de expresión política durante la Revolución francesa, cuando el atuendo —las escarapelas tricolores, el gorro frigio, o las insignias con la flor de lis— podía interpretarse como un signo de ideología política. Los escritores del período revolucionario tratarán de neutralizar la cultura política del Terror y divorciar la moda de la política, y una de sus principales tácticas fue dar a una palabra negativa un significado positivo o menos amenazador. Y así, durante el Terror algunos trataron de desviar el despectivo término *muscadin* desde un grupo o una clase determinada hacia un antagonista imaginario o hacia otros grupos que podrían ser considerados culpables. Los *muscadins* tuvieron un papel importante tras el Terror para aliviar el trauma del pasado reciente, salvar los ideales de la Revolución y crear una nueva forma de expresión política. Originalmente, fueron los habitantes de Lyon que se rebelaron contra la República en 1793, el nombre se extendió luego a los parisinos y se combinó con el de *jeunes gents* que eran quienes protestaban contra la conscripción militar. El término se politizó y los exaltados lo usaron para designar a los «peligrosos» republicanos moderados.

Durante la Reacción Thermidoriana, el período de quince meses después de la ejecución de Robespierre y de su grupo (del 27 al 28 de julio de 1794), aunque los extremistas vieron a los *muscadins* y *jeunes gents* como contrarrevolucionarios y realistas, los escritores de la época trataron de representar a *les jeunes gents* como jóvenes patriotas, republicanos y antiterroristas. Incluso hay textos sobre *les jeunes gents*, los *incroyables* y los *currutacos* que dan a esos sobrenombres un carácter honorífico para negar así el sentido político negativo que les daban sus antagonistas. Esta *jeunes sedorée* atacaba violentamente a los *terroristas* en la prensa y en la calle, acabó con los Jacobinos y buscaba el restablecimiento de una política de centro. Y la autora estudia el tema en una serie de obras teatrales en las que están presentes el recuerdo y el intento de olvidar el pasado.

El *incroyable* del período del Directorio apareció por primera vez a fines de 1796, y su aspecto, como el de la *merveilleuse*, hace de ellos figuras inofensivas, ridículas y hasta simpáticas. Tras la muerte de Robespierre la alegría de vivir se manifestó en la afición al baile, *la dan somanie*, como contrapartida a la austeridad, a la paranoia y a las privaciones del Terror. Reapareció la alta sociedad, el hedonismo estaba a la orden del día y su representante más entusiasta fue el *incroyable*. Se le asociaba con la política del día y antes del golpe de estado del año V Germinal (Marzo, 1797) hubo luchas callejeras en París entre los *incroyables* o *collets noirs* y los jacobinos. Lo absurdo de su ropa proclamaba su actitud escéptica e irónica y su crítica de la sociedad republicana.

Amann considera la relación entre dandismo y revolución desde tres perspectivas; la de la *Imaginación paranoica*, la de la *Imaginación catastrófica* y la de la *Imaginación anacrónica*. En el primer caso, la ideología revolucionaria heredó de Rousseau el ideal de la transparencia y de la autenticidad y asociaba la monarquía y el *ancien régime* con la falsedad y la hipocresía. Como los enemigos de la revolución y de la república estaban camuflados, los signos exteriores como el vestido, adquirieron gran importancia. De ahí la obsesión por desenmascarar a los enemigos, por leer en las ropas signos de afiliación política, como la flor de lis bordada en el interior de una prenda o el número de botones de un chaleco. La *Imaginación catastrófica* refleja el «nosotros» frente a «ellos», pues la política de la Revolución se polarizó cada vez más y se identificó con la lucha de clases por lo que el *dandy* entonces era «el otro», no asimilable, ya fuera socialmente (el aristócrata), o políticamente (el contrarrevolucionario). La *Imaginación anacrónica* mira al pasado en su relación con el presente, y estas tres *imaginaciones* continuaron teniéndose en cuenta en las discusiones sobre el *dandy* durante el siglo XIX.

Los dos capítulos de la segunda parte del libro están dedicados a los *currutacos* y a los *crops*, unos tipos de *dandies* que fueron en España y en Inglaterra la contrapartida de los *muscadins* y de los *incroyables* franceses. El dandismo ha sido siempre un fenómeno intercultural, y a lo largo del siglo XVIII, los *dandies* españoles y los ingleses eran francófilos que usaron modas francesas costosas y a menudo ridículas, mientras que el *petit-maitre* francés se esforzaba en vestir a la inglesa, introduciendo así *l'anglophilie* en Francia. En los últimos años del siglo este interculturalismo estuvo relacionado con la política de la revolución, y el *currutaco* y el *crop* representaron, al

igual que en Francia, la agitación política de sus países y el esfuerzo por hallar un término medio. Al igual que el *incroyable*, el *currutaco* parece un tipo frívolo; nace tras el tratado de paz de Basilea entre España y Francia y la influencia francesa, está presente en publicaciones y en modas, en la prensa y en el teatro que, como en Francia, debaten ideas, hacen críticas y sugieren reformas. No se puede juzgar la ideología política del *currutaco* por sus ropas a la moda francesa pues el tipo refleja los altibajos de la política española en relación con los de una Francia primero monárquica y después revolucionaria.

En Inglaterra, para hacer frente a los gastos de la guerra y a la subida del precio del pan debido a la mala cosecha de 1794-95, el Primer Ministro William Pitt creó un impuesto de una guinea al año —*the Hair Powder Act* de 1795— para quienes se enharinaban la peluca, motejados como *guinea piggy*, *pigs without a guinea*, a los que no pudieron pagarle. Quienes protestaron contra esta ley, llamados *the crops*, entre ellos muchos nobles y elegantes, como el duque de Bedford y «Beau» Brummell, prescindieron de la peluca y se cortaron el pelo. Estos últimos fueron cruciales en el cambio de la extravagante estética de los *macaroni* del XVIII a la discreta elegancia del *dandy* moderno. Al fin, en el siglo XIX este, personificado por Beau Brummell, en quien se centró Barbey D’Aurevilly en *Du dandys me et de G. Brummell* (1845), llegó a representar un esteticismo divorciado de la ideología.

Dandyism in the Age of Revolution es un libro de apasionante lectura, una obra de referencia indispensable y una valiosa aportación a la historia social, política y económica de la Francia del período revolucionario, así como a la de sus usos y costumbres. La profesora Amann ha manejado materiales de archivo como panfletos, canciones, tratados, artículos periodísticos, debates parlamentarios, obras teatrales y caricaturas, y el extraordinario aparato de notas revela su profundo conocimiento del tema. El libro abunda en excelentes ilustraciones y está bellamente editado.

Salvador García Castañeda
(The Ohio State University)